

Reflexionar desde la experiencia y el pensamiento de Edith Stein ha sido una de las oportunidades que me ha proporcionado la realización del curso de Pastoral de la Salud que ofrecen los PP. Camilos en Madrid. En pleno verano, iniciando el mes de julio, por dos años, he podido acercarme a cuestiones importantes en temas como la salud y la enfermedad, el dolor y el sufrimiento, la muerte y el morir, desde distintos aspectos: bíblico, pastoral, ético, psicológico...

Para finalizar ese bienio de profundización, nos piden un trabajo personal de investigación sobre alguno de los temas tratados, y yo decidí realizarlo sobre la empatía, de la que habíamos hablado muchas veces. La primera vez que escuché este término se remonta a la época de estudios de enfermería en Roma; descubrir que Edith Stein es una de las primeras que profundizó ampliamente sobre este concepto en su tesis doctoral, me hizo acercarme a su reflexión y descubrir la importancia de este estilo de relación en todo encuentro con el otro.

De la extensa obra de Edith su tesis ocupa unas pocas páginas, pero que para quien no está familiarizado con la terminología filosófica y la forma de reflexionar de la fenomenología, como era mi caso, resultaba ardua tarea pasar de página. Sólo una segunda lectura me hizo captar la claridad con la que afronta cuestiones tan actuales como las relaciones, el diálogo, el conocimiento propio y de los demás... Pero sobre todo me hizo descubrir una mujer valiente y decidida que, planteándose este tema de la empatía como problema, nos la ha ofrecido como solución.

En nuestro ambiente en el que se busca la salud por encima de muchas otras cosas y, en demasiadas ocasiones, por encima de muchos otros valores, Edith Stein nos recuerda que labor importante de quien quiere ofrecer calidad de vida plena, desde una visión holística de la persona, es la de promover el reconocimiento de su dimensión espiritual, para que "fenómenos vitales" (así los llama ella) como la salud y la enfermedad, el envejecimiento, la debilidad, el vivir y el morir sean verdaderas vivencias y no meros sucesos, que pasan y se viven desde la superficie.

Vivimos en una época de grandes contradicciones: se exalta el valor de la salud física y mental, se dedican grandes esfuerzos a prevenir y combatir enfermedades, pero, a la vez, se invita a vivir de espaldas a realidades tan humanas como la enfermedad, el dolor y la muerte; se puede disminuir el dolor físico y ha aumentado la esperanza media de vida, pero también es mayor el debilitamiento psicológico, social, espiritual ante el sufrimiento. Es la época de la globalización pero también el momento de mayores injusticias, el mayor auge económico ha conducido a la crisis. Y es que en la medida en que no se considere la relación con el otro se corre el riesgo de violar la dignidad de las personas. La rapidez de los cambios es tanta que cuando queremos reflexionar sobre los mismos procedimientos tecnológicos, éstos ya han cambiado. Así también nuestras relaciones son fugaces y superficiales, ya que podemos realizarlas a través de medios que hacen llegar nuestra comunicación sin presencia y hasta sin cables, hasta todos los puntos del planeta.

Estamos muy acostumbrados a encontrar respuestas para todo y esto nos hace olvidar que quien mejor cuida no es el que siempre sabe, sino el que admite que a veces duda o se equivoca, el que se permite sufrir y se deja tocar por la preocupación por el otro, sin por ello caer en el descontrol. Edith Stein nos habla de ello antes que con su tesis, con su vida. Ella tuvo un encuentro decisivo con la enfermedad y el dolor desde su puesto de auxiliar de enfermería en un hospital en territorio austriaco *Mährisch-Weisskirchen*, en la 1ª Guerra Mundial, de abril a agosto de 1915.

Estudiante entregada, preparando su tesis doctoral, la guerra irrumpe en su vida (30 julio 1914) y la hace tomar decisiones. Hace un curso con la Cruz Roja, y cuando es requerida responde inmediatamente. En su autobiografía narra con intensidad, este tiempo transcurrido en un hospital de unas 4.000 camas en los repartos de contagiosos y de cirugía. Ella misma así nos cuenta su primer encuentro, en ese lugar, con el morir:

*"cuando ordené sus pocas cosas, se cayó fuera de la agenda del difunto una tarjetita: contenía una oración para que se le conservase la vida, y que su mujer le había dado. Esto me partió el alma. Comprendí, justo ahora, lo que humanamente significaba aquella muerte"*<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> EDITH STEIN, *Obras Completas, I., Escritos autobiográficos y Cartas*. Ed. Monte Carmelo-El Carmen-Espiritualidad, Burgos 2002, pp.430-431.

Su mirada le hace ir más allá de lo superficial y descubrir la dimensión espiritual que cada ser humano posee, y que aún en ella estaba bastante apagada. Su sensibilidad le hace percibir lo que el enfermo dice, incluso sin palabras:

*“Le era imposible hablar; había perdido por completo la voz. En cada visita era reconocido muy a fondo. Médicos y enfermeras hablaban junto a la cama como si él no entendiera nada. Pero yo percibí en sus grandes y brillantes ojos que su conocimiento era perfecto y que atendía a todo lo que se decía. La mayor parte del tiempo estaba tranquilo pero nos seguía con la mirada”<sup>2</sup>.*

A pesar de la dificultad para entenderse, por ser los enfermos de diversas nacionalidades, su facilidad para los idiomas y su interés por el otro hacía que su comunicación llegara a ser una verdadera relación de ayuda:

*“un eslovaco, campesino rico en su patria, tenía un gran absceso en la pierna, y a pesar de los dolores tan fuertes que tenía, se negaba a dejárselo abrir porque le horrorizaba el bisturí. El médico se enfadó tanto que no quería saber más de su pierna. Fui una vez a su cama, durante la pausa del mediodía, y le hablé –con las pocas palabras checas que sabía y con el lenguaje de gestos- hasta que se mostró dispuesto a la incisión...”<sup>3</sup>.*

Ella siempre pone su máximo interés en ofrecer atención esmerada, precisamente con los que ni podían manifestar sus necesidades:

*“estaba demasiado débil para acercarse la escudilla desde la mesilla o para llevarse la cuchara a la boca. Los que estaban de guardia le colocaban simplemente la comida, regresando después a buscarla, sin fijarse en si la había probado. Yo me las arreglaba para poder estar junto a él durante las comidas, dándole las cucharadas, tantas como fueran posibles...”<sup>4</sup>.*

Reconoce que la enfermedad no es solo pérdida de la salud física; hay una verdadera ruptura de la biografía de la persona. Pero en medio de todo este sufrimiento no duda en afirmar: *“con mucho lo que más me gustaba era la relación con el paciente”*.

Sólo desde esta experiencia después podrá afirmar en su tesis que por percepción externa no podemos captar todo lo que es el otro: *“no sólo sé lo que se expresa en semblantes y gestos, sino lo que se oculta detrás”<sup>5</sup>*. La empatía es la forma como el ser humano aprehende la vida anímica de su prójimo: *“es la conciencia experiencial en la que vienen a dársenos personas ajenas”<sup>6</sup>* o *“la experiencia de la conciencia ajena,... la experiencia que un yo... tiene de otro yo”<sup>7</sup>*.

Cuando Edith Stein habla sobre la empatía nos habla desde una experiencia. Nuestras relaciones de ayuda en los momentos de sufrimiento, nuestros encuentros pastorales en el campo de la salud, fuera y dentro del ámbito hospitalario, podrían hacer despertar lo que “dormita” en nosotros y descubrir que los valores que cada persona manifiesta, explícita o implícitamente, nos abren a la vez a su intimidad y a su trascendencia.

Leer y releer el trabajo de Edith Stein no me ha resultado fácil, pero leerla a ella en su experiencia, en su vivenciar, ha iluminado su reflexión y la mía propia. Os invito a realizar esta experiencia. Y que cada uno de nuestros encuentros puedan llegar a la profundidad; sólo así nos sentiremos de verdad unidos y podremos vivenciar nuestro vivir y nuestro morir de cada día. Sólo así nuestro Dios nos libraré de poseerle a Él, y podremos tener unas manos vacías que nos permitan acogerle nuevo y transformante en el misterio de cada uno de nuestros hermanos.

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 420

<sup>3</sup> *Ibid.*, pp. 427-428

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 447

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 81-82

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 178

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 88